

THEODOR FONTANE
ANTES DE
LA TORMENTA

TRADUCCIÓN Y ESTUDIO INTRODUCTORIO DE
HELENA CORTÉS GABAUDAN

PRE-TEXTOS
NARRATIVA CLÁSICOS

CAPÍTULO 1

Nochebuena

Eran las navidades de 1812,¹ la Nochebuena. Caían algunos copos de nieve sueltos que se depositaban sobre el blanco manto que ya recubría desde hacía días las calles de la capital. Las farolas, pendidas de largas cadenas aflojadas por el uso, emitían una luz mortecina; por el contrario, a cada minuto que pasaba, los hogares se llenaban de mayor claridad y el “Niño Jesús”,² que ya iba entrando en algunas de las casas, hacía llegar su resplandor hasta la oscuridad de la calle.

Así sucedía también en la *Klosterstrasse*.³ El “reloj cantante” de la iglesia parroquial acababa de atacar

¹ Es decir, el momento histórico en el que Prusia había perdido casi la mitad de su territorio tras la Paz de Tilsit (1807) y era aliada forzada de Francia. Mientras tanto, el 14 de septiembre de 1812 Napoleón había entrado en Moscú y el 18 de octubre se había visto obligado a retirarse de nuevo en pleno invierno. El 14 de diciembre de 1812 los restos de la Grande Armée de Napoleón atravesaban la frontera entre Rusia y Prusia por el río Niemen.

² En muchas regiones de Alemania el personaje que trae los regalos en Nochebuena o Navidad es el Niño Jesús (en otros lugares es el *Weihnachtsmann* u Hombre de la Navidad, llamado Papa Noël en las regiones fronterizas francófonas).

³ La *Klosterstrasse*, sita en el antiguo Berlín, recibía su nombre de un convento de franciscanos fundado en el siglo XIII. Unía la *Neue Friedrichstrasse* con las orillas del Spree.

los primeros compases de su canción cuando un trineo salió de la posada con la enseña del Árbol Verde¹ para ir a detenerse justo enfrente, delante de una casa de dos pisos cuyo alto tejado albergaba otra vivienda en la mansarda. El conductor del trineo, envuelto en un abrigo desgastado, aunque ornado con no menos de tres cuellos, se inclinó hacia delante para espiar las ventanas de arriba, pero viendo que nada se movía, se bajó de su asiento, soltó las riendas de los caballos y se encaminó hacia la casa, donde desapareció por la puerta entreabierta en un oscuro corredor. Quien le hubiera seguido hubiera podido oír el ruido que hacía, tanteando cuidadosamente los escalones uno a uno con los pies, y no sin tropezar con ellos, iba subiendo torpemente hasta llegar al tercer piso.

El trineo, que consistía en un simple patín sobre el que se había amarrado una jardinera, esto es, una sencilla cesta de mimbre recubierta con una loneta, permanecía entretanto esperando tranquilamente en la calzada, apoyado contra una montaña de nieve que alguien había amontonado en ese lugar. En cuanto al propio habitáculo del coche, por la parte trasera y hasta tocar el techo de lona, estaba bien relleno de paja, seguramente para que fuera algo más caliente y confortable. En la parte delantera sólo se veía un saco de paja picada tirado a lo largo que

¹ Esta taberna existía realmente en el antiguo Berlín, en el número 70 de la Klosterstrasse.

medía de ancho lo justo para que se sentaran encima dos personas. Todo era de lo más primitivo. Hasta los caballos eran insignificantes, unos pequeños ponis que, precisamente en ese momento y por culpa del rudo pelaje invernal, no parecían haber sido cepillados y presentaban un aspecto bastante descuidado. Pero comoquiera que fuese, los arneses rusos y los cascabeles que pendían del lomo de los caballos al extremo de unas anchas cinchas de cuero festoneadas de rojo no dejaban lugar a dudas de que aquel coche tenía que ser de buena casa.

Así pasaron cinco o más minutos, cuando de pronto el zaguán se iluminó. Una anciana tocada con un gorro de noche blanco, y resguardando con su mano la luz de un candil, se asomó curiosa a la calle; acto seguido salió el cochero con un portamantas y una caja de cartón, y finalmente, cerrando el cortejo, un joven muy decidido, de aspecto distinguido y ligero. Llevaba una gorra de caza y una chaquetilla corta, y de cintura para arriba iba vestido de un modo nada invernal. Únicamente los pies iban bien protegidos dentro de unas botas altas de fieltro. “Felices Fiestas, señora Hulen”, dijo mientras le alargaba la mano a la anciana, saltaba al pescante y tomaba asiento junto al cochero. “Venga, Krist, en marcha, a medianoche estaremos en Hohen-Vietz. ¡Qué bien ha hecho papá enviando los ponis!”

Los caballos emprendieron la marcha e intentaron ponerse a un trote ligero, siguiendo los impul-

sos de su naturaleza, pero no fue hasta dejar a sus espaldas la Königstrasse,¹ con todo su tumulto navideño y el sordo resuello de las zambombas,² cuando se lanzaron a un ritmo cada vez más rápido por la Landsber Strasse³ para salir por fin de la ciudad por la Puerta de Frankfurt⁴ bajo un cascabeleo más y más frenético.

Allá afuera los envolvió la noche y el silencio; el cielo se aclaró y aparecieron las primeras estrellas. Un viento del este, ligero pero cortante, barría el campo nevado y el héroe de nuestra historia, Lewin von Vitzewitz,⁵ que se encaminaba hacia la propie-

¹ La Königsstrasse, así bautizada en honor al rey Federico I de Prusia, unía la plaza del castillo (Schlossplatz), en el corazón de Berlín, con la plaza Alexander (Alexanderplatz).

² Se alude a los tradicionales mercadillos navideños, que siguen existiendo en las ciudades alemanas, y a los que acude la gente a beber vino caliente con especias y comer productos navideños durante todo el periodo del Adviento. El mercadillo del Berlín de la época de la novela tenía lugar del 11 de diciembre al 11 de enero en la Schlossplatz y las calles adyacentes.

³ La Landsberger Strasse llevaba desde la Alexanderplatz hasta la Altlandsberger Platz. Desde 1950 se llama Landsberger Allee.

⁴ La puerta de Frankfurt se alzaba en la Heerstrasse y era la puerta de salida hacia Frankfurt del Oder, aunque a partir de 1867 estaba ya en ruinas. La calle, que luego se llamó Grosse Frankfurter Strasse, acabaría recibiendo en 1961, y sigue hoy llevando el nombre, de Karl-Marx-Allee. Era la avenida más lujosa de Berlín Este durante la larga época de la ciudad dividida. También la puerta de Frankfurt sigue existiendo hoy como rotonda importante en el inicio de dicha avenida.

⁵ El nombre del protagonista de la novela, Lewin, se corresponde con un topónimo existente en la región donde se ubica la acción, el Oderbruch o región de los pantanos. Por otra parte, según indica la Gran Edición de Brandemburgo que usamos como fuente de referencia, parece que Fontane había jugado con la idea de introducir en la obra a Rahel Levin von Varnhagen, la célebre anfitriona de uno de los más conocidos "salones" literarios del Berlín

dad de su padre, Hohen-Vietz, para pasar allí las navidades, se dirigió ahora con un leve deje, propio del dialecto de la Marca, a su compañero de asiento: “¿Qué, Krist, qué te parece? Tendremos que encender ya la chimenea”. Mientras esto decía, asía su barba con los dedos índice y pulgar y hacía el gesto de soplar con los labios apretados. El plural sólo era un modo amistoso de hablar, porque Lewin no fumaba, pero Krist, que desde que habían dejado atrás la ciudad estaba esperando esa invitación, abandonó sin más ceremonias las riendas en manos de su joven amo y tras hurgar en el bolsillo de su abrigo sacó en primer lugar una pipa corta con la cazoleta de plomo y luego un paquete de tabaco sin empezar. Sujetó ambas cosas juntando bien las rodillas, desprecintó la oscura laca del paquete, cebó la pipa y luego se puso a buscar con la misma parsimoniosa concentración pedernal, eslabón y yesca. Por fin estuvo prendido el tabaco; dio las primeras chupadas, a la vez que volvía a tomar las riendas, de modo que a partir de aquel momento se fueron escapando pequeñas chispas por entre la tapa de rejilla mientras iban camino de Friedrichsfelde,¹ cuyas luces ya les saludaban a lo lejos, al otro extremo de la blanca campiña.

de la época. En cuanto al apellido debe recordar a la familia del histórico general von Marwitz, modelo para los Vitzewitz ficticios.

¹ Nombre de un pueblo al este de Berlín, hoy integrado dentro de la ciudad como barrio.

Muy pronto el pueblo quedó atrás. Lewin, que mientras tanto se había puesto cómodo y a base de juntar con fuerza algunos haces de paja había conseguido construirse una suerte de respaldo, ahora parecía de humor para conversar. De todos modos, tampoco habría sido aconsejable hacerlo antes de que estuviera prendida la pipa del cochero.

“¿No hay nada nuevo, Krist?” comenzó Lewin, mientras se arrellanaba mejor sobre su mullique de paja. “¿Qué es de Willem, mi ahijado?”

“Gracias, señorito, paíce que ‘ara anda bueno otra vez”, contestó el cochero.¹

“¿Y qué tenía?”

“Dizque fue un susto y, pa’ remate, el día que cumplía años. Ya irán para tres semanas... sí, sí, tal

¹ En el original, al tomar la palabra el cochero, el texto pasa de modo natural y sin preaviso al dialecto propio de la Marca de Brandemburgo, un dialecto que se diferencia fuertemente del alemán estándar y que hasta puede resultar de difícil comprensión para los alemanes de otras regiones. El dialecto de la Marca forma parte del grupo lingüístico del llamado “bajo alemán oriental” u *Ostniederdeutsch*, aunque en la región del Oder, donde transcurre la novela, también puede estar mezclado con influencias de lenguas eslavas. La diglosia propia de esta región, en la que los señores hablan en alto alemán (el alemán común normativo), aunque no sin algún deje de acento regional y mezclando algunas expresiones dialectales cuando se dirigen a los campesinos, mientras que los campesinos utilizan su propio dialecto, aunque a veces puedan usar y mezclar también palabras del alto alemán –pudiendo entenderse todos sin dejar de usar cada uno su lengua, como ocurriría por ejemplo, en las zonas rurales de Galicia, en una situación similar– no es reproducible en español. Por eso, sin buscar soluciones forzadas, hemos optado por pasar del dialecto al sociolecto, y marcar ligeramente la diferencia en el modo de hablar utilizando un castellano rural propio de las clases campesinas, aunque sin exagerar demasiado la incorrección por no tratarse de un rasgo específicamente dialectal.

día como hoy harán cabalmente tres semanas. Pero mandé a dar razón al doctor Leist, ese de Lebus,¹ y nos lo ha vuelto a curar.”

“¿Y dice que fue un susto?”

“Sí, señorito, eso cre’mos todos. Sería en la tarde, a eso de las cinco, más o menos, cuando la mujer le dijo al chico: ‘Willem, ándate pa’ la sala y ve a buscartos unas manzanas, pero mira que cojas de las reinetas, las que están encima de la paja, justo al lado de las estacas pa’ las judías. Así que el Willem se metió pa’ dentro la sala, que hasta le sentíamos todavía cantar y silbar, y también se sentían crujir bien fuerte sus zuecas por el pasillo. Y luego ya no oímos nada más, que yo me barrunto, señorito, que algo raro le tuvo que pasar cuando quiso entrarse pa’ ‘onde las manzanas, porque ya habrá oído usted mentar que es pallí pa’ donde dice la gente que anda el fantasma del tío Matías, el viejo. Así que como el chico no venía y no venía, ya me fui yo a ver que andaba enredando pa’ tardar tanto, y ahí que me lo encontré, señorito, tumbado encima de las baldosas, justo al lado de la entrada, lo mismito que si estuviera muerto.”

“¡Pobre muchacho! ¿Y su mujer...?”

“Pos’ también se vino luego junto a nosotros y entre los dos lo llevamos pa’ la alcoba y lo remediamos con unas friegas, porque la mujer siempre tiene

¹ Ciudad fundada por los polacos en la Edad Media en la orilla occidental del Oder, al norte de Frankfurt del Oder.

algo de unguento¹ en la casa. Cuando por fin el chico se vino en sí, temblaba todo, todo el cuerpo le temblaba al pobre y no paraba de decirnos: ‘Lo he visto, lo he visto.’”

Lewin se enderezó en su asiento. “Así que ya está mejor”, soltó, y después, como para librarse de todas las imágenes y los pensamientos que el relato del cochero habían despertado en él, empezó a lanzar una andanada de preguntas a las que Krist respondía con tanto detalle como se lo permitía la rapidez del interrogatorio. Uno de los alazanes del alcalde Kniehase había sufrido una caída; a la Mariquilla se le había incendiado la chimenea; el vigilante de noche, Pachaly, había visto delante de la casa de la viuda Gräbschen un ataúd de tamaño mediano con una corona de mirto encima “y como era un ataúd no muy grande, todos hemos pensa’o que habrá sido el chiquilín, el Hanne Grabschen, porque es pequeño y siempre anda malo”.

Cada vez había más estrellas. Lewin se quitó la gorra para sentir el sople del fresco viento invernal sobre su frente y contempló admirado y meditabundo el refulgente cielo. Sentía como si todos esos oscuros destinos que eran patrimonio de su casa estuvieran cayendo de allá arriba y como si el cielo le hiciera llegar más luz y claridad a su alma. Res-

¹ En el original es literalmente un “espíritu” o alcohol de hormiga, es decir, ácido fórmico.

piró hondo. Dos o tres trineos pasaron volando a su lado, saludaron y siguieron su ruta cantando; era evidente que se trataba de algunos invitados que no se querían perder la distribución de regalos en el pueblo de al lado; poco después, no habrían pasado ni cinco minutos, el coche de nuestros dos amigos se deslizaba bajo el porche de la taberna de Bohlsdorf.¹

Bohlsdorf suponía haber recorrido la tercera parte del camino. No acudía nadie allí. No se veía ninguna luz tras las ventanas; los taberneros debían estar en el cuarto de atrás y no habían oído la llegada del trineo, pese al cascabeleo. Krist no se inmutó. Bajó del coche, echó mano de uno de los pesebres portátiles con patas que se veían completamente cubiertos de nieve apoyados en hilera contra el cierre de la propiedad, y echó dentro la avena para los caballos.

También Lewin se había bajado. Pateó varias veces la nieve, como para restablecer la circulación de la sangre en los pies, y luego entró en la taberna para calentarse y tomar un tentempié. Adentro todo estaba vacío y oscuro, pero detrás del mostrador, donde había tres escalones que conducían a una alcorba en un sitio más elevado, un árbol de Navidad² relucía lleno de luces y guirnaldas doradas. En

¹ El nombre de este pueblo es inventado.

² En la época de la novela apenas se había introducido aún en Alemania la costumbre de los árboles navideños, como sí era ya el caso en la época del autor, aunque es verdad que en las zonas protestantes existió desde algo más

medio de esa estampa de Navidad, enmarcada por el estrecho umbral de la puerta, se veía a la mujer del tabernero, con su corpiño y su falda de frisa roja, que sostenía en los brazos una rubia cabecita que intentaba alcanzar las luces del árbol. También se veía a su lado al tabernero, que contemplaba la dicha que la vida y ese día concreto le procuraban.

A Lewin lo embargó la emoción al ver ese cuadro que casi se le antojaba como una aparición. Con más sigilo de con el que había entrado, dio marcha atrás y salió a la calle del pueblo. Frente a la taberna, rodeada por una tapia, se alzaba la iglesia de Bohlsdorf, un antiguo edificio cisterciense de los días de la primera colonización.¹ Del interior se escapaba un sonido como si alguien estuviera tocando el órgano y, mientras todavía estaba acechando, Lewin notó que una de las ventanitas en arco de medio punto que se alineaban a media altura del muro estaba tenuemente iluminada. Sintió la curiosidad

temprano, como modo de diferenciarse de la tradición católica de los belenes.

¹ De la época en que el Císter se extendió por Europa en el siglo XIII. La zona de la Marca fue cristianizada a partir de los siglos XII y XIII, con ayuda de los monjes cistercienses y de colonos alemanes que se asentaron en esa región antes habitada por pueblos eslavos paganos. La segunda colonización fue ya en la época de Federico II, cuando se desecaron zonas pantanosas para los nuevos colonos, como el caso de la región fronteriza con el río Oder en las cercanías de Frankfurt del Oder, el llamado Oderbruch, en que transcurre buena parte de la novela. Todavía hoy pueden admirarse en esta región algunos de los pueblos de colonos, como fueron concebidos en el momento de su fundación.

de comprobar si estaba o no equivocado, así que tras saltar el murete de piedra fue avanzando entre las tumbas rodeando la pared longitudinal de la iglesia. En lo que sería casi el puro medio de esa pared observó una puerta sólo entornada, no cerrada con cerrojo. La abrió sin hacer ruido y entró. Era tal como se lo había imaginado. Un hombre mayor con un gorro de terciopelo y escaso cabello blanco estaba sentado al órgano a la triste luz de un cabo de vela. Concentrado en su interpretación, no advirtió que alguien había entrado, de modo que las melodías navideñas siguieron sonando con notas solemnes y algo apagadas por toda la iglesia.

¿Estaría el viejo practicando para el día siguiente o acaso celebraba para sí mismo la Nochebuena con salmos y corales? Apenas se había formulado Lewin esta pregunta cuando divisó una segunda luz enfrente del órgano. Sobre el escalón más bajo del altar había un pequeño farolillo. Al acercarse, comprobó que unas manos femeninas habían estado ocupadas hacía muy poco en aquel mismo lugar. Había una escoba tirada al lado de una pequeña escalerita de mano cuyas maderas laterales de la parte superior estaban rodeadas con un paño. La luz del farol caía sobre dos lápidas encastradas en el pavimento delante del altar; la de la izquierda sólo tenía un nombre y una fecha, pero la de la derecha ostentaba una imagen y una inscripción. Se veían dos tilos que inclinaban sus copas el uno sobre el otro

y bajo ellos se leían unos versos, unas diez o doce líneas. Ya sólo eran legibles los de la segunda estrofa, que rezaban así:

Ahora contempla luces miles:
 los rostros de los serafines
 que, fieles, servicio le rinden.
 De la victoria, la bandera
 alza ella en la dorada esfera:
 que andar puede ora sobre estrellas.¹

Lewin se leyó dos o tres veces los versos hasta aprenderse la estrofa de memoria; el último en particular le había causado una honda impresión sin que supiera por qué. Tras echar un último vistazo a la iglesia escasamente iluminada, cuyas columnas y asientos del coro lo rodeaban con sus sombras, volvió a entornar la puerta sin hacer ruido y se encontró nuevamente, primero en el recinto de la iglesia y, después, mediante un ágil salto por encima de la tapia, en la calle del pueblo.

Mientras tanto, la taberna había cambiado de aspecto. En el interior había luz; Krist estaba acodado en el mostrador y enzarzado en una animada conversación con el tabernero, mientras la mujer salía de la cocina y colocaba un vaso de ponche de licor de cerezas sobre la mesa. Todavía siguieron charlando un rato, entre otras cosas, del viejo sacristán que

¹ Este poema está parcialmente inspirado en el que figura en una tumba de la Nikolaikirche de Berlín.

vivía enfrente y que, desde que era viudo, tenía por costumbre celebrar la Nochebuena tocando el órgano. Después, se despidieron en medio de un sinfín de sacudidas de manos y deseos de una feliz fiesta, y tras dejar atrás los silenciosos chamizos de la aldea volvieron a adentrarse en la noche.

Lewin se puso a hablar de los taberneros; Krist sólo tenía alabanzas para ellos. Menos gracia le hacía el alguacil de Bohlsdorf y aún mucha menos el molinero de Petershagen,¹ al lado de cuyo viejo molino quemado estaban pasando precisamente en aquel instante. De todo lo cual se deducía que Krist, que tenía que hacer ese camino semanalmente, atesoraba fielmente en su memoria todos los chismorreos de los figones y tabernas situados entre Berlín y Hohen-Vietz. Lo sabía todo y sólo calló cuando Lewin empezó a sumirse cada vez más en el silencio. Lo único que seguía animando el trayecto eran algunas breves órdenes a los ponis. La repetición regular de esas interjecciones y el monótono cascabeleo, que pronto empezó a sonar como si viniera de muy lejos, empezaron a pesar con más y más fuerza soporífera sobre los sentidos de nuestro héroe. Todo tipo de figuras desfilaban ante sus ojos entrecerrados, pero sólo a una de esas figuras, a la más resplandeciente de todas, se la llevó consigo a sus sueños. Se veía sentado ante ella en un taburete bajo; ella se reía de él y le daba ligeros golpecitos

¹ Petershagen era entonces un pueblo al este de Berlín.

con su abanico cuando él trataba de asirle la mano para besársela. Cientos de luces, que se reflejaban en unos estrechos espejos, resplandecían alrededor de ella, y delante de ambos se extendía un enorme tapiz en el que se veía a la diosa Venus atravesando los cielos en su coche tirado por palomas. De repente fue como si se hubieran apagado todas las luces, ya sólo brillaban dos cabos de vela, y todo era como una nave de iglesia atravesada por sombras, y en lugar del tapiz se veía una lápida con la siguiente inscripción:

De la victoria, la bandera
alza ella en la dorada esfera:
que andar puede ora sobre estrellas.

Tan dulce y dolorosamente como poco antes, cuando estaba despierto, esas palabras volvieron a conmovérle otra vez en sueños. Se despertó.

“Todavía media legua, señorito”, dijo Krist.

“Entonces ¿estamos en Dolgeln?”¹

¹ Pueblo de la comarca de los pantanos, hoy parte del concejo de Lindendorf, al sur de Friedersdorf, lugar donde se hallaba la mansión y propiedad de la célebre familia von Marwitz en la que se inspira directamente Fontane para la ficticia familia von Vitzewitz. Fue propiedad de la Orden del Temple y luego de la Orden de San Juan. Desgraciadamente el castillo de Friedersdorf fue demolido en la época de la RDA (en 1956), como se hizo con muchos “símbolos reaccionarios” y ya no queda nada de él. En la actualidad, un descendiente de la familia ha comprado de nuevo las tierras y explota la propiedad agraria de sus antepasados.

“No, señorito, en Hohen-Vietz.”

“Pues sí que he dormido profundamente.”

“Tres horas y media.”

Lo primero que percibió Lewin fue la solicitud con que el viejo cochero se había ocupado de él durante aquel tiempo. Le había deslizado el saco de paja bajo los pies y extendido las dos mantas de caballo sobre las rodillas.

No mucho tiempo después divisaron la torre de la iglesia de Hohen-Vietz. Aupada sobre el punto más alto de un montículo que cerraba el panorama por el este,¹ la gran masa gris se alzaba como una sombra sobre el horizonte del fulgente cielo nocturno.

¹ La situación de la casa de los protagonistas de la novela se inspira en el pueblo realmente existente de Reitwein y su antiguo castillo (hoy en el distrito o *Landkreis* Märkisch-Oderland). Reitwein se encuentra al pie de una loma boscosa (llamada el Reitweiner Sporn) que destaca mucho en esta región tan llana y cae abruptamente sobre el Oder por el este. El castillo de Reitwein fue demolido en la época de la RDA (1962), pero se ha señalado su emplazamiento mediante un seto vegetal y también se han colocado dentro de su perímetro tablones informativos. El castillo es famoso en la historia de Prusia, no sólo por haber sido visitado por Fontane y elegido como emplazamiento de su novela, sino por haber albergado al rey Federico II durante su convalecencia tras la batalla de Kunersdorf en 1759 (hoy Polonia, Kunowice, justo al otro lado de Frankfurt del Oder cruzando el río), en la que el monarca estuvo a punto de perecer. Rescatado heroicamente en aquella ocasión por el oficial von Prittwitz, logró salvar la vida y llegar para su recuperación hasta Reitwein, en aquel entonces en manos de la familia de los von Burgsdorff y más tarde en la de los Finck von Finkenstein, todas ellas familias muy relevantes en la historia de Prusia. En gratitud por haberle salvado la vida, el rey regaló a von Prittwitz el castillo de Neuhardenberg, que por suerte sigue existiendo hoy, muy bien restaurado y parcialmente reconvertido en lujoso hotel, y es un bello ejemplo de la otrora tan extendida arquitectura nobiliaria del Brandemburgo. Actualmente en Reitwein las dos cosas